

La propuesta católica
de los “laboratorios culturales”
para una nueva visión
de la fe y la cultura

<i>Una mirada al contexto</i>	2
<i>Un laboratorio para la cultura</i>	5
<i>Conclusión</i>	9

Rino Fisichella

Una mirada al contexto

Para quien visita Barcelona es obligada una visita a la Sagrada Familia que, de alguna manera, marca la expresión culminante del genio de Gaudí. Sabemos que la obra permanece incompleta hasta nuestros días. El artista ha podido aportar como suyo el proyecto, el diseño y también una buena parte de la construcción, pero sólo una parte. Si algún día la iglesia se ve terminada, no obstante la aportación de otros arquitectos, lo que resultará será recordado siempre y sólo como obra de Gaudí. Esta obra se presenta como un verdadero laboratorio donde la idea inicial viene experimentada y lentamente llevada a término, buscando no traicionar la intuición y el diseño originario. La imagen no es extraña a aquello sobre lo que vamos a reflexionar: la relación entre la fe y la cultura se muestra como una de aquellas obras incompletas que tendrá siempre su espacio en el futuro. Considerar esta temática, que se impone desde los primeros tiempos de la Iglesia, supone constatar una doble tendencia que no ha sido nunca resuelta y que de vez en cuando rebrota, mostrando la preponderancia alternativa de una tendencia sobre otra. Para poner un pálido ejemplo es suficiente referirnos a dos autores de la antigüedad que muestran con claridad el talante bifronte de la relación entre la fe y las culturas. Es conocida la expresión un tanto negativa que encontramos en Basilio: “He malgastado mucho tiempo al servicio de la vanidad y he perdido toda

mi juventud en trabajos inútiles, de hecho la he consagrado a la adquisición de doctrinas y de una sabiduría que Dios había tachado de locura (1 Cor 1, 20). De repente, un día, como si saliera de un profundo sueño, alzando los ojos a la maravillosa luz de la verdad del evangelio, me di cuenta de la inutilidad de la sabiduría de los principios de este mundo que son destinados a la nada (1 Cor 2, 6), lloré amargamente mi miserable vida y supliqué que se me concediera un guía que me orientase en los principios de la piedad”¹. Por otra parte, sin embargo, un texto de Orígenes permite verificar el impacto positivo: “Tus disposiciones naturales pueden hacer de ti un perfecto jurista romano y un filósofo griego perteneciente a una de las escuelas más famosas. Pero, yo quisiera que tú utilizaras toda la fuerza de tus disposiciones naturales teniendo por objetivo la doctrina cristiana. En lo que se refiere a los medios a utilizar, desearía que tomaras de la filosofía griega lo que te pueda ser útil como enseñanza global, o como propedéutica, para introducir al cristianismo, así como la geometría, la astronomía y todo lo que es útil para la interpretación de las Sagradas Escrituras. De modo que, lo que los filósofos dicen de la geometría y de la música, de la gramática, de la retórica y de la astronomía, cuando las definen auxiliares de la filosofía, nosotros lo diremos de la misma filosofía en relación al cristianismo”². Ninguno de nosotros podrá olvidar, más recientemente, el análisis de Pablo VI en la *Evangelii Nuntiandi* que confluía en la expresión: “la ruptura entre evangelio y cultura es sin duda el drama de nuestra época como lo fue de otras. Conviene entonces hacer todos los esfuerzos en vista a una generosa evangelización de la cultura, más exactamente de las culturas. Éstas

1. SAN BASILIO, *Epístola* 223, 2.

2. ORÍGENES escribe a GREGORIO el taumaturgo su discípulo; cf. ORÍGENES, *Filocalia* XIII, 1 en *Sources Chrétiennes* 148, 186-188.

deben ser regeneradas mediante el encuentro con la Buena Nueva. Pero esto no sucederá si la Buena Nueva no es proclamada”³.

Recuperar la unidad profunda entre fe y cultura es una tarea ineludible. Ésta se hace especialmente urgente, sobre todo desde el momento en que nos encontramos ante un cambio cultural sin precedentes, principalmente por la rapidez con que se está imponiendo, y que parece señalar la conclusión de una época y el inicio de otra. No es necesario hacer grandes demostraciones para evidenciar que la modernidad está concluyendo; sin embargo, no se nos ha dado a conocer todavía qué es lo que está emergiendo ante nosotros; sólo un ulterior lapso de tiempo permitirá identificar mejor los rasgos necesarios para calificarlo. No creo que nos encontremos ya en la postmodernidad, como sostienen algunos. Los cambios culturales requieren mucho más tiempo para enraizarse y para expresar su continuidad en los comportamientos. Ciertamente la celeridad que vivimos y que cambia lenguajes, comportamientos y perspectivas de pensamiento, es mucho más inmediata que en el pasado. Nuestro periodo, de todas maneras, posee unas características peculiares. De hecho, vivimos ya el *tránsito* de la modernidad a la post-modernidad. Cuánto durará este momento, es difícil poder cuantificarlo; lo que es evidente es que estamos en medio de una transición cultural. Lo demuestra, en primer lugar, la incertidumbre en que nos movemos y el estado de debilidad en que se halla la razón. Tanto lo uno como lo otro provocan reacciones en cadena que imprimen, sobre todo en los comportamientos de las jóvenes generaciones, una especie de desconfianza en el futuro con la consiguiente pérdida de empeño en la construcción del presente. Algunos fenómenos como el ocultismo, el satanismo y la superstición en general, encuentran poca atención en nuestros

3. PABLO VI, Exhortación Apostólica *Evangelii Nuntiandi*, 20.

análisis; sin embargo, requerirían una mayor atención, pues no hacen más que reflejar la orgía de irracionalidad que debería preocuparnos no poco. Al final, si la mirada se posa en la perspectiva que va más allá de las expectativas del individuo, entonces las grandes cuestiones que atañen a la existencia se imponen con fuerza.

En el contexto de nuestra reflexión pudiera ser interesante preguntarse: ¿quién será el afortunado protagonista en quien la post-modernidad podrá reconocerse: el hombre, tal vez la naturaleza, o tal vez Dios? Hoy, los tres elementos se sitúan al mismo nivel y parecen desafiarse por la supremacía. En todo caso, será necesario preguntarse: ¿cómo será la concepción del hombre en los próximos decenios?, ¿qué concepto de naturaleza tendrán los chicos que hoy tienen diez años? Y ¿cuál será la idea de Dios que prevalezca?, ¿cómo será el *hombre* que quiera dominar la escena del futuro?, ¿un sujeto que siga ocupando el centro de todo, casi un microcosmos en el que todo encuentra una síntesis definitiva en su ser personal, o un sujeto ya abatido por el peso de la técnica que determina su vida desde el nacimiento, fruto de una decisión previa que lo quiere hacer nacer según las características de una elección individual? Una técnica que puede decidir si quien nazca ha de ser varón o mujer ¿es un fenómeno del todo sin importancia o acarreará consecuencias en el horizonte social y cultural? Y ¿qué *naturaleza* estará a la base de las próximas legislaciones? ¿el concepto de naturaleza inmutable con sus leyes o bien una naturaleza sujeta a la manipulación genética y, por tanto, una realidad dentro de la que todo es posible, porque está justificado previamente por un juicio ético subjetivo? Como se advierte, rota la armonía del hombre con la naturaleza para dar cabida a la supremacía de la técnica experimental, nos encontramos ante un poder que ha violentado la misma naturaleza. Interesante, a este propósito, la anotación de *Evangelium Vitae*: “Por otra parte, una vez excluida la referencia a Dios, no sorprende que el sentido de

todas las cosas se vea profundamente deformado y la misma naturaleza, ya no ‘Mater’, sea reducida a ‘material’ abierto a todas las manipulaciones”⁴. El dominio sobre la naturaleza, no orientado ya según el mandato bíblico a la utilidad y al bienestar de todo el género humano, se alza sólo como una mera voluntad de poder. Esta situación no puede hacer olvidar que insistir en esta vía conduce inadvertidamente a la autodestrucción. En este contexto se encuadran de manera significativa las palabras de Juan Pablo II en la *Fides et Ratio* donde el análisis llega a ser casi despiadado: “En el ámbito de la investigación científica se ha ido imponiendo una mentalidad positivista que no sólo se ha alejado de toda referencia a la visión cristiana del mundo, sino que, y principalmente, ha olvidado toda relación con la visión metafísica y moral. Consecuencia de esto es que algunos científicos, carentes de toda referencia ética, tienen el peligro de no poner ya en el centro de su interés la persona y la globalidad de su vida. Más aún, algunos de ellos, conscientes de las potencialidades inherentes al progreso técnico, parece que ceden no sólo a la lógica del mercado, sino también a la tentación de un poder demiúrgico sobre la naturaleza y sobre el ser humano mismo”⁵. En conclusión, quitado el fundamento de la existencia personal se confía en la prepotencia de la técnica o, al contrario, en la superstición y en lo efímero. Finalmente, si ha de ser Dios el afortunado protagonista del futuro, en un contexto de confusa confrontación con las religiones en las que subyace un inevitable sincretismo, ¿qué idea de Dios estará presente en la conciencia religiosa de nuestro pueblo? Ciertamente, en esta perspectiva, el debate interminable que se está desarrollando en el pequeño círculo de la Unión Europea, acerca de la inserción en la futura carta constitucional de la referencia a las raíces cristianas de Europa, es un signo tangible de la voluntad de

4. JUAN PABLO II, Carta Encíclica *Evangelium Vitae*, 22.

5. JUAN PABLO II, Carta Encíclica *Fides et Ratio*, 46.

delimitar el hecho religioso sólo a la esfera privada, sin admitir la incidencia social y política que éste ha tenido en dos mil años de historia.

Estos interrogantes no son de ningún modo obvios; al contrario, obligan a mirar con una visión de futuro el contexto cultural que estamos viviendo para ser capaces de identificar las formas con que poder operar activamente. Este cuadro, de todos modos, tendría que ser integrado en la consideración del tema de la *verdad*. Lo que hoy se percibe de manera evidente es, de hecho, la fragmentación de la referencia a la verdad. Situación extremadamente crítica y peligrosa, porque impide la confluencia en contenidos que puedan ser asumidos por todos no sólo como fruto de una conquista personal, sino también como don concedido a la humanidad. Una vez impedido el acceso a la verdad universal, es fácil ceder a la tentación de encerrarse en el propio individualismo. Expresión ésta, no ya limitada al sujeto, sino capaz de englobar también a cada uno de los países que se encierran en sus propias tradiciones, absteniéndose de abrir la propia cultura a la confrontación y a las riquezas de otras. Juan Pablo II llega a ser intérprete cualificado en este contexto cuando escribe: “es de observar que uno de los datos más relevantes de nuestra condición actual consiste en la ‘crisis de sentido’. Los puntos de vista, a menudo de carácter científico, de la vida y del mundo se han multiplicado de tal manera que, de hecho, asistimos a la afirmación del fenómeno de la fragmentación del saber. Precisamente esto torna difícil y a menudo vana la búsqueda de un sentido. Y al contrario –cosa aún más dramática–, en esta situación complicada de datos y de hechos en que se vive y que parece constituir la trama misma de la existencia, no pocos se preguntan si tiene todavía sentido hacerse la pregunta por el sentido. La pluralidad de las teorías que se disputan la respuesta, o los diferentes modos de ver y de interpretar el mundo y la vida del

hombre no hacen más que agudizar esta duda radical, que desemboca en un estado de escepticismo y de indiferencia o en las diferentes expresiones del nihilismo. La consecuencia de esto es que a menudo el espíritu humano está absorbido en una forma de pensamiento ambiguo, que lo lleva a encerrarse aún más en sí mismo, dentro de los límites de la propia inmanencia, sin ninguna referencia a lo trascendente”⁶.

Un laboratorio para la cultura

En este contexto, es de suma importancia la relevancia que adquiere la Universidad. En un momento de transición cultural, esta institución está obligada a recuperar al máximo su identidad como lugar y espacio en que se crea la confrontación y se descubren las vías a seguir para llegar a un futuro cargado de sentido. La Universidad, por su misma naturaleza, es ante todo una realidad unitaria que sólo posteriormente se expresa en la pluralidad de las Universidades y de las Facultades, que viven de su historia y tradición. La mirada, por lo tanto, hay que ponerla en el papel que la Universidad debe poseer, como el espacio donde la cultura vive establemente y genera sin interrupción formas culturales que permiten la realización de un verdadero progreso. Nadie, en este momento difícil, puede quedarse asomado a la ventana mirando pasivamente el desarrollo de estos eventos, como si fuera algo ajeno a su vida. Estamos involucrados directamente no sólo porque somos hombres y mujeres que vivimos en este mundo y que somos ciudadanos de este mundo, sino también porque como creyentes

6. *Ibd.*, 81.

tenemos una palabra de verdad que comunicar que nos trasciende a nosotros mismos y nos impone la fidelidad a la misión recibida.

A ninguno de nosotros se le escapa la importancia del momento singular que estamos viviendo y que exige asumir una responsabilidad fuera de lo común. En lo que se refiere a la vida académica, nos parece que el momento viene marcado por un doble movimiento que no podemos soslayar: por una parte, estamos ante una nueva generación de estudiantes; por otra, descubrimos más intensamente el papel que nos compete. En lo que se refiere al primer aspecto, si se acepta la tesis de John Kenneth Galbraith por la que los ciclos sociales y políticos se alternan cada 30-40 años, debemos deducir que nuestros días marcan la conclusión de aquel ciclo cultural que estamos acostumbrados a identificar con la constitución del '68. Entre los diferentes aspectos positivos que caracterizaron dicho periodo se debe reconocer un notable empuje propulsor hacia una forma de mayor conciencia de la vida social y cultural. En cambio, lo que constatamos al inicio de un nuevo ciclo, es una debilidad congénita siempre mayor, que hace más frágil la vida académica. Se pone de manifiesto la ausencia de un saber fundamental, unitario y fuertemente marcado por un perfil humanístico, que caracterizaba a las generaciones precedentes. Lo que hoy constatamos, desafortunadamente, es la presencia de una enorme fragmentación, que tiende a retener sólo algunas nociones. No puede ser descuidado el contexto débil en el que nuestros estudiantes viven insertos, que no consiente afrontar con la debida energía las diferentes situaciones difíciles que impone la vida. Estos y otros elementos hacen a esta generación de estudiantes un tanto débil e incapaz de un empeño correspondiente. No es difícil, en fin, entrever hoy nuevos fenómenos que parten de sistemas de aprendizaje más complejos y sofisticados, mientras sobrevienen nuevas formas de exclusión y de marginación. Las cuestiones acerca

de la cultura se han multiplicado, ha aumentado el número de nuevos instrumentos disponibles para el estudio, pero la mayoría parece estar enjaulada en una forma de pasividad y de cansancio, resintiendo a veces la apatía, que no facilitan la necesaria reacción dialéctica para el crecimiento consciente de sí mismo y la formación de una identidad personal.

Para nosotros no puede ser suficiente verificar esta condición, nuestro empeño es encontrar la forma en que se recupere el entusiasmo por el estudio y, por consiguiente, la pasión por la investigación. En este momento, considero que nuestro papel es más decisivo que nunca. En la era de la multiplicación de los centros de producción del saber, la Universidad permanece como un lugar de referencia imprescindible. Es valiosa nuestra aportación para que a estos estudiantes les pueda llegar un mensaje que los lleve a recuperar el sentido de una civilización que es condición indispensable para la convivencia interpersonal. No es una casualidad que precisamente la Universidad parezca haberse convertido en el objeto privilegiado de disputas en este momento de transición cultural. Los descubrimientos científicos imponen a la industria nuevos criterios de juicio, mostrando el talante férreo de leyes económicas que no ponen precisamente en primer lugar la humanización de la vida de los ciudadanos. Es como si la vida hubiera de desarrollarse sólo según los criterios de funcionalidad y producción, olvidando que como fundamento se debe colocar la instancia de credibilidad de las propuestas que se hacen. Y, necesariamente, la credibilidad se debe confrontar siempre con la forma suprema de humanización de la existencia.

Con esta descripción, se llega más fácilmente a la idea del “laboratorio cultural”. La expresión, ciertamente feliz, viene refrendada —por primera vez, si no me equivoco— por las palabras de Juan

Pablo II, cuando, con ocasión del encuentro mundial de docentes universitarios, durante el jubileo del año 2000, dijo: “amadísimos hombres de la investigación, haced que las Universidades se transformen en ‘laboratorios culturales’ en los que dialoguen constructivamente la teología, la filosofía, las ciencias humanas y las ciencias de la naturaleza, considerando la norma moral como una exigencia intrínseca de la búsqueda y condición de su pleno valor en el acercamiento a la verdad”. En años sucesivos, la diócesis de Roma y otras muchas Universidades de Europa, han tratado de dar vida a estos “laboratorios culturales” poniendo en marcha una experiencia de seminarios que, animados por la presencia de diferentes profesionales, se abren a un diálogo y a una búsqueda comunes. Lo que emerge en primer lugar es ciertamente la cuestión de la *interdisciplinarietà* que intenta recomponer la unidad del saber, tratando de hacer confluir las diferentes instancias de especialización propias de cada docente hacia un único centro de coágulo que pueda favorecer la síntesis. No es secundaria, en este laboratorio, la presencia de la *interculturalidad*; ésta, por una parte, permite verificar la complementariedad de la riqueza científica sostenida por las diferentes tradiciones culturales; por otra, es un notable indicio que privilegia la convivencia entre las personas.

Por lo que me compete, intentaré delinear un *iter* teórico de los laboratorios culturales, con la finalidad de identificar lo mejor posible su objetivo. En sus reflexiones recogidas en el volumen *The Idea of a University* de 1852, J. H. Newman escribía: “cuando la Iglesia crea una universidad, ésta no cultiva el talento, el genio o el saber por sí mismos, sino por el interés de sus propios hijos, de su provecho espiritual, de su influencia y utilidad, a fin de educarlos para que cumplan mejor su misión en la vida, y hacerlos miembros más inteligentes, capaces y activos de la sociedad, [...] cuando la inteligencia (de hecho) ha sido oportunamente ejercitada para hacerse una

visión unitaria de las cosas, ésta desarrollará las propias capacidades con mayor o menor eficacia según la particular naturaleza y las capacidades del individuo. En la mayoría de los casos la inteligencia se hace sentir en el buen sentido, sobriedad de pensamiento, racionalidad, sinceridad, autocontrol y firmeza de convicción, [...] es objeto de profunda solicitud por parte de la jerarquía católica que su pueblo sea educado en una sabiduría que lo fortalezca frente a los excesos y las extravagancias de los individuos, encarnada por instituciones que hayan resistido a la prueba del tiempo, e impartida por hombres que no tengan ninguna necesidad de anonimato, sostenidos como están por el acuerdo entre ellos y con sus predecesores⁷. Esta reflexión puede ayudarnos a entrar en el complejo mundo de la institución académica y procurar un escenario significativo de nuestra tarea universitaria, evidenciando las líneas maestras que pueden traducir en la práctica todo cuanto formulamos en nuestros laboratorios.

1. Entre los diversos desafíos que jalonan este momento de renovación cultural y de progreso, emerge también con fuerza una de las consecuencias del secularismo. Se ven cada vez mejor trazados los rasgos de cuantos están buscando un sentido a la propia vida; esta tendencia permitiría esperar que se volvieran a la fe en Jesucristo como un camino que, desde siempre, ha sabido dar respuesta definitiva a la pregunta más profunda del hombre. Sin embargo, debemos constatar que cada vez es mayor el número de los que sí parecen interesados en una genérica forma de conocimiento religioso, pero permanecen inmersos en la indiferencia que permea todo, encerrándose en un espacio religioso totalmente privado y sin referencias objetivas. No nos enfrentamos a ese tipo de ateísmo o de incredulidad que hemos conocido en los decenios anteriores. El

ateísmo y la incredulidad de antaño parecen haberse transformado hoy en un modelo de nuevo humanismo que aglutina, dando seguridad, también respecto al sentido religioso, a base de ofertar una vasta gama de posibilidades a las que poder adherirse para satisfacer el sentimiento, dejando, en cambio, insatisfecho a quien es aún capaz de buscar las razones profundas por las que creer. Esta situación debe provocar en nosotros, de modo fuerte y decidido, el *despertar de la responsabilidad de la fe*. Estar dispuestos a “dar razón de la esperanza” (1 Pe 3,15), compromete a buscar las formas coherentes a fin de que la inteligencia de la fe pueda expresarse y presentarse siempre como una renovada respuesta de sentido para la existencia. No podemos apelar a la debilidad de la razón para resaltar la fuerza de la fe, que de todos modos sería opaca y poco eficaz. Es muy cierto lo que ha escrito el Santo Padre: “tanto la razón como la fe se han empobrecido y se han hecho débiles la una frente a la otra”⁸.

La atención a nuestro momento contemporáneo nos impone saber dar explicación a estos movimientos y poder entrar en ellos, a fin de dar una orientación que sepa de compañía amorosa y responsable, no de imposición. Si, con grandeza de miras, algunas de nuestras catedrales se han convertido en un lugar abierto para dialogar con los nuevos no creyentes, cuánto más debemos serlo nosotros, por la competencia propia que la Universidad posee, de ser “cátedra” desde donde se saben escuchar las razones de los otros, y desde donde se hace oír la inteligencia de las razones de la fe. Lejos de nosotros considerar que este panorama afecte sólo a la teología; en esta empresa están involucradas todas las ciencias. La tarea que nos corresponde, así lo creemos, es la de poner las premisas para la constitución de una nueva antropología que sepa conjugar simultáneamente la componente esencial del misterio de cada persona y la

7. J.H. NEWMAN, *L'idea di Università* (Torino 1988), 737-745.

8. JUAN PABLO 11, Carta Encíclica *Fides et Ratio*, 48.

conquista imparable de la ciencia. Una antropología que, segura de la conquista del saber, no descuide la tensión a lo trascendente. Por decirlo con palabras más técnicas, deberemos ser capaces de alcanzar una síntesis entre cristología y antropología, de tal modo que emerja una visión de la vida que tenga significado en el actual momento histórico, capaz de componer en unidad el deseo profundo del hombre y el espacio de la revelación divina. Es éste un reto que los docentes y los investigadores católicos deben asumir conscientes de involucrarse en un proceso histórico y cultural de sabiduría y profundidad científica que sabe expresarse con una densidad cultural que no va a la zaga de nadie.

2. Un segundo elemento que podría ser objeto de exploración es lo que llamo la recuperación de la circularidad entre la comunidad cristiana, la sociedad civil, la familia y la universidad. Ésta es una de las perspectivas sobre las que deberemos comprometernos en los próximos años para comprender en qué modo, a partir de nosotros y desde la peculiaridad de nuestro servicio, es posible reanudar una circularidad que permita a los diversos agentes comunicarse entre sí de un modo nuevo y eficaz. De hecho, tenemos razones para pensar que en los decenios pasados se ha obstruido la comunicación, y que los primeros en sufrir las consecuencias han sido nuestros estudiantes. Para comprender mejor la orientación que irá tomando esta transformación cultural en la que nos encontramos, es necesario que valoremos con atención todo lo que permita recuperar la unidad de las diversas expresiones de la sociedad civil y de la comunidad eclesial, a fin de ser también nosotros artífices y protagonistas influyendo positivamente en el cambio. Ninguno de nosotros, al fin y al cabo, puede olvidar cuánta influencia tiene la formulación de las leyes en la configuración de la cultura. Es urgente que reflexionemos sobre las dinámicas que interactúan entre ley y cultura, para comprender cuánta influencia puede tener una ley sobre el compor-

tamiento de las distintas generaciones a una distancia de veinte o treinta años. Consideramos que es urgente, desde esta perspectiva, un renovado empeño de los católicos en la vida política de su país a fin de ofrecer los frutos más valiosos de la doctrina social, que pone en el centro de su actuación la dignidad de la persona y de cada persona, de modo que se vea cumplido el esfuerzo por el bien común.

3. Considero, además, que es constitutivo y coherente con nuestra investigación encontrar las expresiones culturales y los lenguajes adecuados para hacer comprender, en primer lugar a nuestros estudiantes, que lo que les espera es la vida. Es importante que consigamos comunicar la urgencia y la necesidad de asumir responsabilidades respecto a los demás, siendo ya desde ahora responsables de sus propias acciones. Recuperar el principio de *responsabilidad* equivale a hacerles comprender la responsabilidad de participar activamente en la construcción de una nueva fase de la historia que, paradójicamente, se inicia ya en los pupitres de la escuela. Es importante recuperar el horizonte crítico que hace surgir el deseo de preguntar, de cuestionar y, por qué no, de crítica inteligente que por eso mismo no es polémica, de profundizar con los jóvenes el material de nuestras investigaciones, a fin de provocar un retorno a las fuentes del saber. En una palabra, se trata de reavivar la memoria histórica ante una constante tendencia al olvido. La recuperación de la tradición como fuente de conocimiento y como lugar privilegiado en el que se forma y se construye la historia. En definitiva, se trata de inventar expresiones que sepan recuperar el gusto por una visión sapiencial del saber que sepa hacerse cargo del aspecto crítico, pero sin quedarse encerrada en él.

Todo esto implica la conciencia de ofrecer un testimonio de vida que permita que nuestros estudiantes nos recuerden como

docentes que han transmitido no tanto nociones interesantes e inteligentes, sino, más bien, una unidad entre pensamiento y vida, mostrando así la credibilidad de nuestra fe. Nos piden, en primer lugar, una coherencia de vida fuera de lo ordinario, porque nos consideran maestros, y, por tanto, capaces de actos que van más allá de la superficialidad. Desde esta perspectiva, nos sentimos portadores de un peso notable, que puede ser más ligero si vivimos nuestra docencia no de un modo aislado y competitivo, sino en esa comunión de fe, de respeto recíproco y de estima por el trabajo del colega que sabe apreciar todo cuanto los demás producen y viven, sabiendo que es para el bien de todos. Nuestro *estilo de vida* será nuestro primer banco de pruebas que permitirá asegurar en nosotros la responsabilidad. Un estilo de vida plenamente conforme a aquello que somos, laicos o clérigos, en una elección que es ante todo *vocación* más que *rol*.

Conclusión

La docencia universitaria es una de las expresiones más cualificadas que poseemos dentro del mundo profesional. Nos pone, a cada uno, no sólo en las condiciones de una búsqueda permanente de la realidad, que abre espacios de conocimiento siempre más amplios, sino que permite ante todo acceder en profundidad a la lectura de los acontecimientos, sin permitir detenernos jamás en lo superficial. Poniéndonos en contacto con generaciones siempre nuevas, la docencia académica resulta ser una de las formas más eficaces del camino formativo. El saber que conquistamos, si permaneciese sólo para nosotros, no crearía progreso alguno. En la medida en que nos hacemos comunicadores y capaces de hacer que otros participen del saber, éste resulta fecundo y productivo. El

laboratorio cultural, en definitiva, se incluye en esta lógica de crear una forma de circularidad, en virtud de la cual mientras, por un lado, comunicamos y hacemos fecundo nuestro saber, por otro, recibimos sugerencias y provocaciones que permiten a nuestra inteligencia ir más allá de cuanto hemos descubierto, en aras de una fase ulterior de progreso científico. Nosotros, a fin de cuentas, somos productores y artífices de cultura y de ciencia justamente porque conjugamos la investigación con la vida. En este contexto son significativas las palabras del autor de la Carta a Diogneto: “No hay vida sin ciencia, ni ciencia segura sin vida verdadera. Quien cree saber algo, sin la verdadera ciencia atestiguada por la vida, no sabe”⁹.

Vuelven con profunda actualidad, al concluir estas breves sugerencias, las palabras pronunciadas por los Padres conciliares al terminar el Concilio Vaticano II. En el *Mensaje a los hombres del pensamiento y de la ciencia* encontramos un reto que es todavía actual y que puede ayudar a los docentes y a los investigadores creyentes a dar densidad y significado a su esfuerzo académico:

“Un saludo especial para vosotros, los buscadores de la verdad, a vosotros los hombres del pensamiento y de la ciencia, los exploradores del hombre, del universo y de la historia; a todos vosotros, los peregrinos en marcha hacia la luz, y a todos aquellos que se han parado en el camino fatigados y decepcionados por una vana búsqueda.

¿Por qué un saludo especial para vosotros? Porque todos nosotros, aquí, obispos, padres conciliares, estamos a la escucha de la verdad. Nuestro esfuerzo durante estos cuatro años, ¿qué ha sido sino una búsqueda más atenta y una profundización del

9. *A Diogneto*, XII, 6.

mensaje de verdad confiado a la Iglesia y un esfuerzo de docilidad más perfecto al Espíritu de verdad?

No podíamos, por tanto, dejar de encontraros. Vuestros senderos no son nunca extraños a los nuestros. Somos amigos de vuestra vocación de investigadores, aliados de vuestras fatigas, admiradores de vuestras conquistas y, si es necesario, consoladores de vuestros desalientos y fracasos.

También, pues, para vosotros tenemos un mensaje, y es éste: continuad buscando sin cansaros, sin desesperar jamás, la verdad. Recordad la palabra de uno de vuestros grandes amigos, San Agustín: ‘Busquemos con afán de encontrar y encontremos con el deseo de buscar más aún’. Felices los que poseyendo la verdad la buscan más todavía a fin de renovarla, profundizar en ella y ofrecerla a los demás. Felices los que no habiéndola encontrado caminan hacia ella con un corazón sincero: que busquen la luz de mañana con la luz de hoy, hasta la plenitud de la luz.

Pero no lo olvidéis: si pensar es algo grande, pensar es ante todo un deber; desgraciado de aquel que cierra voluntariamente los ojos a la luz. Pensar es también una responsabilidad. ¡Ay de aquellos que oscurecen el espíritu con mil artificios que le deprimen, le ensoberbecen, le engañan, le deforman! ¿Cuál es el principio fundamental para los hombres de ciencia sino el esforzarse por pensar justamente? Para ello, sin turbar vuestros pasos, sin ofuscar vuestras miradas, queremos ofreceros la luz de vuestra lámpara misteriosa: la fe. El que nos la confió es el Maestro soberano del pensamiento, del cual nosotros somos los humildes discípulos; el único que pudo decir: *‘Yo soy la luz del mundo, yo soy el camino, la verdad y la vida’*.

Esta palabra se aplica a vosotros. Tal vez nunca, gracias a Dios, ha aparecido tan clara como hoy la posibilidad de un acuerdo profundo entre la verdadera ciencia y la verdadera fe, ambas al servicio de la única verdad. No impidáis este preciado encuentro. Tened confianza en la fe, esa gran amiga de la inteligencia. Alumbraos por su luz para descubrir la verdad, toda la verdad. Tal es el deseo, el aliento, la esperanza que os expresan, antes de separarse, los padres del mundo entero, reunidos en Roma en Concilio”¹⁰.

10. CONCILIO VATICANO II, *Mensajes del Concilio a la Humanidad*[...] *A los hombres del pensamiento y de la ciencia*, en Id., *Constituciones. Decretos. Declaraciones. Documentos pontificios complementarios* (BAC 252: Madrid 1965), nn. 1-6.